

GUÍA DEL VETERINARIO PRÁCTICO



Eventración con lesión del intestino delgado en la vaca.

(Conclusión)

Temiendo una enteritis ó peritonitis, ó las dos simultáneamente, puesto que motivos había que las pudieran producir, dispuse empaparan de cuando en cuando los vendajes con agua fría, lavativas emolientes saturnadas y dieta; y como por el momento el animal se mostraba alegre, muy poco considerable la fiebre y dispuesto á comer si le dieran, me concreté á una actitud espectante, con encargo solamente de que le dieran una toma de 1.500 gramos de cocimiento de malvavizco con dos cápsulas de adormideras y 10 gramos de alcanfor disuelto, y que la tuvieran atado corto de modo que no pudiera echarse hasta la mañana siguiente, que á primera hora yo habia de pasar á verla.

El día 8, á las cinco de la mañana me encontraba pulsando á mi enferma, que me acusaba 72 al minuto, 37 respiraciones y 40.º 9 el calor animal. Notábase grande inquietud, anoréxia, el hocico seco y rechinamiento de dientes. Se me dice que ha comenzado á eso de la media noche pataleando con pies y manos; con los primeros golpeaba de abajo á arriba el vientre y trataba de echarse algunas veces. A mi exámen presenta el animal cierta inflexibilidad de los riñones, el hocico y la boca muy calientes, la lengua seca, sedimentosa en su cara superior y roja

muy encendida en los bordes y la punta; la ubre, á pesar de no haber amamantado el ternero desde anoche, apenas tiene leche ó al menos está muy poco cargada y el pulso se muestra fuerte y duro.

En atención á este cuadro de síntomas, que en el animal acusaban una enteritis aguda, traumática, practiqué en primer lugar una sangría de 6 kilogramos; los fomentos del aparato contentivo, que se han venido dando de agua fría, son sustituidos con emoliente-anodinos, y vahos del mismo género al vientre. Prescribo para dar de dos en dos horas, 6 granulos de digitalina y 6 de hiosciamina, depositando con un poco de miel, por medio de una espátula de madera, que fué improvisada al momento, en la base de la lengua. Como alimento, rehusa todo lo que se le ofrece. Para apagar la sed, que es muy intensa, y á la vez por su acción especial en el tubo digestivo, prescribo dieta de cocimiento de simiente de lino, con huevos batidos.

En la visita de la tarde no habían cesado los dolores, frecuentaban los cólicos; no obstante, la fiebre ha descendido á 40.° 2. En vista de la persistencia del síntoma dolor, suelto el vendaje con objeto de cerciorarme del estado de la herida; mas no encontrando en ella nada de anormal, después de lavarla con la solución que tenía á mano de ácido bórico, volví á colocar el aparato contentivo; mando se insista con los baños y vahos antedichos con adición de 100 gramos de sulfato de sosa y lavativas del mismo género, cubriendo al animal con buenas mantas; la prescripción de los granulos se eleva á 8 de cada clase, añadiendo á cada dosis 8 gramos de hidrato de cloral en 100 de agua. A la cuarta dosis, á eso de las 4 de la mañana, se tranquilizó el animal, defecó en abundancia y quedó como adormecido, por lo que no

se determinaron á darle nada hasta tanto que yo ordenara, pues me esperaban de un momento á otro. A mi cuarta visita, 5 y 20 de la mañana del día 9, encontré á la paciente de pies como siempre, pues no se le ha dejado echar, con la cabeza baja y la cara poco expresiva: se le ofrece un poco de heno y principia á comer con cierta avidez pero la masticación es muy lenta, el abatimiento y la postración muy considerables; el animal no puede tenerse de pies; hay una especie de estupor. Suspendo el empleo del hidrato de cloral y reduzco la dosis de los gránulos á 5 de cada clase. Suspendo asimismo los baños y vahos consabidos; suelto el vendaje que está empapado de agua, y después de lavar la herida y poner en ella una planchuela mojada con una solución de bicloruro de mercurio, al 2 ‰, vuelvo á ponerle un vendaje seco; —le pongo una manta de lana circularmente de modo que le cubre todo el vientre, y otra por el dorso; se le deja una corta ración de heno á su disposición; se le alarga la amarra de modo que pueda echarse, acto que ejecuta inmediatamente con mucho cuidado sobre espesa cama: en el rato que estoy á su lado, observando su actitud, permanece quieta como una estatua en decúbito externo costal derecho; el hocico, un poco húmedo y rociado, apoya suavemente sobre la cama, elevando de tiempo en tiempo de ella.

En la visita de la tarde encuentro notable mejoría en la vaca: está de piés; se me dice que la mayor parte del día ha llevado echada; que cuando se levanta come un poco de heno, está un rato corto de pies y se vuelve á echar; ha obrado durante el día dos veces, la micción se hace con regularidad. Suspendo la administración del cocimiento del grano de lino sustituyéndole con agua en blanco y la misma cantidad de

sulfato. Desde este momento no se ha observado en la vaca ninguna novedad digna de mención; ha ido mejorándose de día en día, y á los 15 quité, con grande satisfacción de la Señora, definitivamente el vendaje, en cuya sazón daba la *Petite* muy cerca de la cantidad normal de leche.

Otro día emitiremos nuestra opinión acerca de las consideraciones que nos sugiere el caso que acabamos de relatar, cuya importancia resalta desde luego dada la importancia de las visceras lisiadas.

I. GUERRICABEITIA.

La fiebre vitularia.

(Continuación).

Mr. Lydtin (1) aconseja también los brevajes en el tratamiento de esta enfermedad por las razones indicadas más arriba, y no preconiza desde luego las inyecciones subdérmicas de alcanfor y de eter, por que, en casos de sacrificio forzado se hace á la carne inutilizable.

Mr. Hartenstein preconiza la hidroterapia como un medio heróico contra la fiebre vitularia. Se cubre la cabeza, el cuello y el dorso con sacos ó sábanas convenientemente plegados, ajustados y bañados ó empapados estos noche y día con agua fría: duchas frías continuas llenando el mismo fin. Pero nuestro profesor combina el tratamiento hidroterápico: 1.º con una sangría repetida en caso de necesidad; 2.º con la administración de un purgante drástico especialmente el áloes de las Barbadas, á la dosis de 30 á 40 gramos, juntamente con la asafétida 10 á 20 gramos. Hay que notar que el empleo del agua fría debe continuarse en bastante tiempo, hasta que se produzca una mejoría manifiesta. Con esta medica-

(1) Iyur Behandlung des kalbefieber, Bad. Mitheil, S. 92.

ción, aplicada desde el principio, los enfermos deben levantarse al cabo de algunas horas. Mas aquí aún no se puede decir si es á la hidroterapia ó á la medicación interna á que se debe la mayor eficacia.

Mr. Strebel (1) ha ensayado varias veces con buen éxito el método hidroterápico precitado.

Van Nes (2) pondera los brillantes resultados que ha obtenido en seis casos de fiebre vitularia paralitica, con los derivados aplicados sobre la piel, para la que precedentemente toda medicación interna habia quedado sin resultado.—Tratamiento: Todas las medias horas se dan fricciones prolongadas en todo el cuerpo con un puñado de paja, regando la piel con aguardiente; cada media hora ordeñar y frotar la ubre como queda dicho; cada dos horas friccionar la región lombar con un linimento muy irritante; vaciar el recto y la vejiga dos veces al día; en fin, poner una cama abundante y procurar el reposo al enfermo.

Mr. Engleson (3) ha ensayado la pilocarpina contra la fiebre vitularia fracasando en 6 casos.

Mr. Swetlow (4) ha tenido ocasión de cuidar lo menos 200 casos de esta afección con los agentes terapéuticos los más variados, tales como derivados cutáneos, labativas, ordeño frecuente, extracción de la orina, alcanfor, áloez, nuez bómica, tártaro estiviado, hidroterapia, etc., sin obtener resultados satisfactorios, puesto que la mortalidad aún era de 95 %. Por el contrario le ha ido mejor con el empleo de fisostigmina á ladosis de 0 gr. 20 en 5 gramos de agua y administrada subcutáneamente; con este alcaloide la mortalidad, en lugar de ser de 95 %, solo alcanzaba ya á 34 %.

(1) Die hidrotherapeutische Behandlung des Kalbefiebers, Schweizer Archiv, S. 205, 1886.

(2) Bijdrage tot de therapie van Kalfziekte, Holland, Zeitschr., Bd. 15. S. 245.

(3) Kliniska iakttagelser, Selswed, Zeitschr, S. 213.

(4) Iyur therapie der Eclampsia puerperalis beim Binde, Petersch. Arch, F. vet.

Mr. George (1) recomienda la aplicación continua sobre la cabeza, de agua helada, revulsivos en la región lómbar, lavativas tibias y breves excitantes (vino caliente etc.,)

Como se ve por esta pequeña investigación bibliográfica, los tratamientos de la fiebre vitularia parálitica son numerosos y variados; cada práctico tiene por decir así su tratamiento que, en manos de uno dan algunos éxitos felices, mientras en las de otros quedan completamente ineficaces. A fin de poner un poco orden en esta confusión de medicaciones, hé aquí á nuestro parecer, cual debe ser el tratamiento curativo lógico de la fiebre vitularia parálitica:

En primer lugar debe *proscribirse la sangría*, porque ella debilita y contribuye á matar los enfermos. Como la enfermedad se anuncia siempre, en su principio, por la hipertermia, es necesario instituir medicación defervescente muy enérgica: aconitina para bajar el calor mórbido y digitalina para restablecer normalmente la diéresis. La postración casi siempre considerable, áun cuando la enfermedad sea de poca duración, reclama el arseniato de estricnina.

Contra los dolores abdominales y la agitación, se prescribirá la hiosciamina, la morfina ó la atropina. Si el delirio es muy violento, se puede recurrir á las inyecciones subcutáneas de morfina, á fin de ejercer más rápidamente una sedación sobre el sistema nervioso.

Se despertará la actividad funcional del tubo digestivo con la sal veterinaria chanteaud, el sulfato de sosa ó el áloes, y sobre todo con las inyecciones hipodérmicas de sulfato de eserina y de pilocarpina, que tienen la propiedad de excitar las contracciones peristálticas del tubo gastro intestinal y contribuyen

(1) La fiebre vitularia y la hidroterapia, Resneil, p. 529.

á reblandecer las materias alimenticias más ó menos endurecidas contenidas en los reservorios gástricos é intestinales. Creemos que estas inyecciones son de la mayor utilidad para combatir la fiebre vitularia, enfermedad en la cual siempre hay obstrucción del librillo y parálisis de las vísceras, y por consecuencia supresión más ó menos completa de la actividad digestiva y de la absorción intestinal. Debe tenerse mucha cuenta en la administración de los brevajes, visto que la deglución se hace difícil para la parálisis del nervio vago; estas bebidas pueden introducirse fácilmente en la faringe, penetrar por la traquea en el pulmón y agravar así la enfermedad. En consecuencia deben darse pocos brevajes y reemplazar estos por dos electuarios medicamentosos; en todos los casos debe administrarse poco á la vez y reiterar á menudo la administración. Se obtendrán buenos efectos de un tratamiento revulsivo cutáneo, en especial de fricciones sinapizadas hechas con un puñado de paja sobre los riñones, las paredes del abdomen y los miembros. Si el colapsus es intenso, está indicado hacer sobre la cabeza lociones refrigerantes de una manera continua de irrigaciones ó duchas frías.

En esta enfermedad estando la vejiga más ó menos llena de orina y su repleción ocasionando grandes sufrimientos al sujeto enfermo, está indicado el vaciarla varias veces al día, bien introduciendo el brazo en la vagina y ejerciendo en la superficie de la misma una presión graduada ó bien introduciendo en el interior de esta bolsa un cateter. Las lavativas son también de una gran utilidad favoreciendo la expulsión de las materias fecales desecadas contenidas en el canal intestinal. Se darán de preferencia lavativas mucilaginosas. Conviene también hacer de cuan-

do cuando la exploración rectal, con el fin de extraer del recto los escrementos más ó menos endurecidos que se encuentran en él acumulados. A veces sobreviene una fuerte meteorización, que es necesario combatir inmediatamente practicando con un trocar la punción del recto.

La fiebre vitularia paralítica no siendo una enfermedad infecciosa y por tanto contagiosa, no vemos la utilidad de las inyecciones aconsejadas por numerosos prácticos y que solo tienen su indicación en las afecciones puerperales interesando localmente el saco uterino, como la metritis aguda ó séptica, la hidrohemia, la no-expulsión de secundinas, las lesiones traumáticas de las vías genitales etc.

Como cuidados higiénicos el animal debe tener una cama abundante y cambiarla de lado de tiempo en tiempo, con objeto de impedir la escoricación de partes salientes del cuerpo. Una precaución que jamás debe desatenderse es de ordeñar frecuentemente con el fin de impedir la estagnación de la leche en los senos galactóforos y de activar igualmente la secreción, de la cual estos órganos son el asiento; es asimismo necesario procurar al animal el más completo reposo.

Con el empleo de la terapéutica precitada, nuestros comprofesores registrarán muchos más éxitos felices que fracasos; verán restablecerse la mayor parte de sus enfermos en el espacio de 12, 24, ó 48 horas á lo más. Solamente conviene llevar en esta medicación mucha persistencia y regularidad, así bien de noche como de día, disminuyendo ó espaciando las dosis de cada medicamento, á medida que la mejoría se pronuncia, es decir que la resistencia vital se manifiesta, que la sensibilidad reaparece, que el color reaparece á la piel, que la cabeza esta mejor sostenida, que la

agitación disminuye, que las eructaciones tienen lugar por la boca, que los borborigmos anuncian el despertar del trabajo digestivo, que el hocico se humedece, que la defecación y la micción se operan y que la leche afluye de nuevo á las tetas.

A medida que se pronuncia la mejoría, podrán darse alimentos de fácil digestión: caldo de hierbas, sopas, raíces cocidas, bebidas blanqueadas con harina ó agua de salvado, tisana de cebada; un poco de paja; y muy poco de alfalfa ó de trebol.

La convalecencia no es larga; no dura arriba de 2 á 4 días; algunas veces es tan rápida, que los enfermos se restablecen en algunas horas.

Sucede algunas veces que la vaca enferma no se levanta enseguida después de una mejoría manifiesta y que la paraplegia tiende á persistir; en este caso debe insistirse especialmente en la administración del arseniato de estriénina, á dosis de 1 á 2 gránulos cada hora; esto tiene por objeto incitar el sistema nervioso cerebro-espinal y en particular los nervio, raquidianos, y por consiguiente combatir la parálisis y adelantar la curación.

G. GSELL, MED. VÉT. EN MONDOUBLEAU.

El charlatanismo y la ciencia.

Amputación del útero en una vaca.

Todos los días se vé el veterinario rodeado de dificultades en el espinoso camino que emprende para el ejercicio de su profesión; y tanto más es así cuanto no se dedica á ser un fiel observador de tantas y

tan variadas modificaciones como experimentan los órganos, tanto más apreciables cuanto padezcan ó no. El profesor que sólo se guía por las esplicaciones que ha oído y las doctrinas consignadas en los libros, quedará perplejo á cada paso sin poder guiar la nave de su porvenir.

En una misma enfermedad se presentan diferencias bien sea en el cuadro de sintomas que las constituyen, ya en los períodos que recorren, ora en el tratamiento que empleamos y en los resultados de este mismo. El veterinario arrastrado las más veces por las esplicaciones que oyó ó los libros en que estudió ó consultó, se estrella en la corriente sin pensar que en Veterinaria, como en todo lo relativo á las ciencias médicas, carecemos de principios fijos y por consecuencia los resultados no pueden ser exactos. Nada más variable que los organismos; esto nos lo demuestran las distintas formas que toman unas mismas enfermedades en individuos diferentes.

Nada más sencillo á primera vista que el prolapso de la matriz en la vaca, materia en la que todo el mundo ganadero y charlatan se cree autorizado é idóneo para emitir su opinion é intentar su reducción y tratamiento; nada más fácil de diagnosticar que la enfermedad que nos ocupa, y, sin embargo, se presenta á veces complicada de tal manera que dá lugar á que los conocimientos se estrellen ante los más asiduos cuidados de la ciencia.

Hacemos tales consideraciones por vía de exordio para este escrito, fundándonos para ello en un caso práctico que por azar se presentó á nuestro alcance y que hoy tomamos de nuestras antiguas notas, bautizadas con el nombre del epígrafe con que se encabeza este artículo.

En la tarde de un Domingo, allá hácia el mes de

Abril de 1867, en ocasión de pasar acompañado de mi señora por el camino viejo del barrio de Miranda, de esta ciudad, con objeto de dar un paseo higiénico hasta el Sardinero, fui interpelado por don Antonio Gonzalez, vecino de dicho barrio; indicándome si podría visitarle una vaca que hacía unos veinte días había parido, que después del parto se le había salido la matriz, que entre un sendero, (llamado el francesuco) él y varios vecinos se la habían introducido; pero que á pesar de haber ejecutado dicha operación varias veces nada habían conseguido, puesto que otras tantas se había vuelto á salir, que por dicha causa estaban cansados de tantas manipulaciones y gastos, y que habiendo perdido toda esperanza por haber quedado la vaca en los puros huesos y sin poderse levantar ni mantenerse de pié, habían determinado matarla y arrojarla al rivero (nombre del sitio de la costa por el cual tiran al mar los cadáveres de los animales), y que con tal motivo, deseaba saber si se podría aprovechar la piel, objeto principal de la consulta, (en aquella época reinaba, por primera vez, en el ganado vacuno de esta localidad, la enfermedad epizootica Pleuro-neumonia exudativa y por tal motivo estaba en vigor una circular que prohibía el aprovechamiento de la piel sin previa información del veterinario municipal). Después de haber oído todo lo expuesto acepté gustoso, pasando en su compañía al establo en el cual ví que la vaca se encontraba tendida sobre la cama de decúbito lateral é inutilizada de poderse levantar y con la matriz descendida, en un estado de suciedad deplorable, color negruzco y olor repugnante. Visto lo cual aconsejé al dueño de la res que no la sacrificara, que antes procedía hacer un último esfuerzo, poco costoso, con el cual podría

quizás salvar el animal y que por último para aprovechar la piel siempre le queda tiempo.

Así las cosas, dispuse que lavaran bien las partes con agua templada clorurada, que limpiaran perfectamente el útero de las pajas y demás cuerpos extraños que tenía adheridos y que á la mañana siguiente volvería preparado para practicar la única operación que yo conceptuaba podría salvarla. Dispuestas así las cosas y de conformidad con el dueño del animal seguí mi paseo interrumpido.

A la mañana siguiente, despues de bien limpio por mí el órgano, procedí á un minucioso exámen de la matriz, la cual aparecía, como queda dicho, negruzca, sus paredes engrosadas, olor fetidísimo dilacerándose sus tegidos al menor contacto, sangrando no en abundancia. Aquí el pronóstico huelga por innecesario.

Tal estado me persuadió por completo de que la única solución, aunque remota, que pudiera tener éxito de alguna probabilidad no era si no la amputación del órgano, en su consecuencia. Hice un cordonete con cuerda fina de azote y le enceré bien; practiqué el nudo de la sangría y coloqué una ligadura doble á unos cinco traveses de dedo del cuello de la matriz, pero comprimiéndole despacio y progresivamente. En seguida estirpé el útero, saliendo un poco de sangre que cesó pronto.

A los pocos momentos de practicada la operación comenzó la vaca á demostrar que sufría grandes dolores á juzgar por los movimientos extraordinarios que ejecutaba, por cuya circunstancia dispuse se la administrara un cocimiento: Simiente de lino en cantidad de dos litros adicionándole una onza de láudano líquido de Sidenham, merced al cual fueron calmándose, y á cosa de las ocho horas ya

casi habían desaparecido por completo los síntomas mencionados.

A la mañana siguiente de la operación, al practicar la visita, encontré á la operada completamente tranquila, había bebido bastante agua con harina. Como daba muestras de apetito, se la echó una pequeña ración de yerba verde y lo comió con placer pidiendo más. Dispuse se le administrara, por tiempo de cuatro dias, un cocimiento de corteza de quina en cantidad de dos litros con una onza de acetato de amoniaco. Despues de transcurridos los cuatro dias se inició la supuración con buen aspecto, continuando el apetito y efectuándose la misma con regularidad; desde aquel momento dispuse que la ración alimenticia diaria se le fuera aumentando ordenada y progresivamente, y que dos veces al dia levantasen á la vaca sosteniéndola de pié todo el tiempo que les fuera posible, y mucha limpieza.

Tal fué el estado de mejoría que diariamente se notaba en el animal, que al cabo de seis meses se había nutrido lo bastante para poderse sacrificar con destino al consumo público, lo cual se efectuó en el matadero de esta ciudad, no sin antes haber trabajado algunos dias uncida al carro, para lo que estaba destinada.

MANUEL VARELA.

Santander y Junio de 1891.

El nuevo profesor en ejercicio.

Al despedirse de las aulas y regresar á su país con el título de veterinario en el bolsillo, lleva en su corazón el contento, en su cerebro mil ideas alagadoras y en su faz el júbilo y el sublime entusiasmo. En aquel centro de enseñanza, en aquel núcleo que irradia efluvios salutíferos impregnados de ciencia; ha tenido ocasión de ver muchos enfermos, de presenciar infinidad de operaciones practicadas por sus queridos maestros y aún hacerlas él en ocasiones. Pero llega y se encarga de combatir toda clase de alteraciones á que están expuestos cien pares de mulas que le están encomendados y entonces sostiene una tremenda batalla. Se encuentra en frente de un enfermo de esta ó la otra índole, le proporcionan los datos anamnésticos y él explora al enfermo.

Por lo que ve hace aplicación de la ciencia que aprendió, pero de una manera tibia, dudosa, pues apesar de estar empapado, preñado de robustos y concienzudos conocimientos, se ve perplejo al hacer su diagnóstico y por consiguiente al determinar la indicación. ¿Pues quien dice que todo lo que sabe, lo que le enseñaron y que él aprendió con fé, con una decidida afición es una farsa, una mentira? Quien se lo dice? La practica; ella es la que á fuerza de ver casos, de lo conciso con lo ilusorio, le hace robustecerse y apoyar las doctrinas de sus maestros. Tiene uno ó dos casos, los combate por los medios farmacológicos y queda triunfante; pero si tiene que echar mano de la Cirugía se acobarda y no obra con aquella certeza, con aquella precisión que lo hizo cuando la indicacion era por medios medicamentosos. ¿Y por qué? No posee profundos conocimientos de

Anatomía y sabe la posición que ocupa el músculo **a**, la arteria **b** y el nervio **c**? No sabe la importancia de tal ó cual órgano en el desempeño de las funciones vitales y si se le puede impunemente desgarrar, sin que por esto corra peligro la vida del enfermo? No el conocimiento de ciertos agentes medicinales los cuales proporcionan medios para operar con más libertad y sin exposición del operador y sus ayudantes y aun del mismo animal? Si; todo es cierto, todo es verdad y lógico. ¿Pero y el gentío inmenso que ha de presenciar el acto y le ha de juzgar sin conciencia como vulgo en la materia? Ya se sabe que el pueblo, deseoso de saber lo que tienen y á la altura que se encuentra en su profesión, le rodean aunque nadie les llame y solo su presencia es bastante á impresionarle, y, alucinado, hace de una cosa sencilla una complicada. La dignidad y el crédito profesional, son dos tesoros que enaltecen al individuo que los posee; costando no poco trabajo y muchos disgustos conseguirlos y es cuestión de diez minutos desposeerse de ellos.

Estas y otras son las causas que tiene el nuevo veterinario cuando tiene que echar mano de medios que el vulgo vé, que toca sus efectos; me refiero á los agentes quirúrgicos. Delante de su dilatada pupila se le presenta un ancho círculo de sangre que le parece ver salir de la herida de un animal operado. Y no muy tarde presencia la realidad con todos sus colores y revestido de todos los caracteres más alarmanantes. A su vista rueda un animal por el suelo y muerde la tierra con furiosa rabia, le parece inminente el peligro, si no acude con los medios que tiene á su alcance y aun no se atreve, se resiste.

La vida del precioso animal, compañero del hombre, ayuda infatigable en sus faenas y principal ri-

queza de la sociedad, está en su mano y aun duda y tiembla. Un momento con tal cuadro de síntomas es cosa concluída, el aire no baja á los bronquios; sus últimas ramificaciones, la continuación de esta membrana vericulosa se encuentra sin oxígeno, la sangre se encuentra sin ese elemento vital y en cambio hay un aumento considerable de ácido carbónico, causa de la próxima axfisia.

Pero no, hay que hacer un esfuerzo; es necesario aún á costa de su reputación, salvar á un individuo que nada puede hacer por sí propio y que tanto valor intrínseco representa.

Dispuesto para la operación, manda á un ayudante cojer un pellizco de la piel en el punto que se ha de implantar la canula y él en la misma dirección hace lo propio; incide la piel y una vez disecados los bordes y elevado el tegido celular subcutáneo separa los músculos maxilares externos, implanta el dardo del Traqueo-tomo en el centro de un anillo cartilaginoso y transmite al instrumento un movimiento semirrotatorio y le retira arrastrando el dardo la porción dividida. En el momento se observa un fenómeno: es la entrada del aire que produce un ruido especial el cual se regulariza cuando ya la cánula queda puesta. Ya respira el individuo, la axfisia no sobreviene y una vez cogido alientos se levanta á presencia de tantos testigos que no estaban dispuestos á transijir con lo que ellos conceptuaban una torpeza y se admiran y se deshacen por alabar la pericia del nuevo profesor.

FÉLIX G. DE LA FUENTE.
